



# CONFIDENCIALMENTE

Por Juan Giró Rodés

## Hagan Juego, Señores

Vamos a continuación a reproducir un artículo que vetó la censura:

Con mucha insistencia se nos viene diciendo, de palabra y por escrito, que escribamos algo sobre el gran auge que el juego ha tomado en Cuba. No lo habíamos hecho antes, porque nosotros no jugamos ni siquiera al dominó o a la lotería —ahora más aristocráticamente llamada “Bingo”— y temíamos escribir sobre una materia con la que no estábamos familiarizados.

Pero pacientemente fuimos recogiendo datos, acá y acullá, y a final de cuentas tuvimos que llegar a la conclusión de que nuestros lectores tienen razón sobrada: en la tierra más hermosa que ojos humanos vieron, un gran pulpo asfixia y hace vivir en la miseria al pueblo: la gran timba nacional.

Porque que nadie se haga ilusiones: con el juego el pueblo se aniquila, se depaupera y hasta pasa hambre. Enriquecerse, sólo se enriquecen los magnates y las autoridades que chupan del juego y de la prostitución al extremo de poder comprar casas de apartamentos y hoteles en los Estados Unidos.

Si fuese posible meter en la cabeza de tanto pobre del pueblo que el medio o el real o la peseta que sacrifican al condumio diario, consistente muchas veces en un simple café con leche, nunca se les multiplica sino que decrece y decrece, no habría tanto jugador en Cuba. Puede haber un afortunado entre tantísimo ciudadano que juega; pero si cada uno de los que juega el medio, el real o la peseta, tuviese la curiosidad de anotar en una libreta todo lo que gasta al año en el juego y todo lo que ha ganado en ese mismo juego, quedaría asombrado al comprobar que el que gana de verdad es el que no juega, amén del bolítero o “banquero” y las autoridades que cobran al seguro por permitir el desangre económico del pueblo.

sentimos mucha lástima por las personas que se dejan dominar por el juego y le apuntan a la cucaracha, a la puñalada o a la Mesalina respetuosa, simplemente porque han soñado con alguna de esas repetentes “incidencias” o porque han visto cruzar en su camino a una gata gestante.

Dijimos que sentíamos lástima, porque a final de cuentas resulta que quien juega a un número determinado está convencidísimo de que lo que él soñó o lo que él vio, tiene necesariamente que traducirse en pesos mediante la apuntación al número correspondiente, sin tener en cuenta para nada el sencillo razonamiento que lo que han soñado o visto la legión de los que han apuntado a los 99 números restantes de la bolita o la charada o como se llame, tienen igual derecho a ver premiada su fértil imaginación.

Nos han explicado, sin entenderlo muy bien, porque, francamente, el juego nos da náuseas, que con cinco centavos “fijos” se pueden sacar hasta veinte pesos, y “corridos”, tres pesos setenta y cinco centavos, y que si se “liga” un parlé, con 10 centavos se cobran 100 pesos. Pero también nos dijeron, y eso sí tiene una explicación lógica, que hay quien se pasa un año apun-

tando níqueles, reales y pesetas sin sacarse ni un centavo prieto.

Jamás hemos visto que con el producto del juego haya habido quien se haya comprado un automóvil ni tenga casa propia. Sin embargo, si nos ha sido posible ver dos cosas: lujosos automóviles y magníficas casas en repartos residenciales en poder de los “banqueros” de terminales y cuentas con millones de pesos a los que manejan el tapete verde de los casinos: que han proliferado por todos los ámbitos de la capital.

Si el cubano, con su mente ágil y su inteligencia, se aplicase a lograr por medio del trabajo, por medio de inversiones inte-

ligentes, pequeñas en el pobre, medianas en el empleado, grandes en el rico, la consecución de un bienestar cada vez mayor en su vida, ¡cómo se mitigaría la miseria existente en Cuba!

Pero el pobre tiene más esperanzas puestas en invertir en un "parlé" que en comprar un carretón de naranjas para venderlas, ganar el condomio y ahorrar centavito a centavito. El de la clase media confía en adquirir su automóvil y su casita mediante planes de regalo y el juego de la lotería, la bolita, la charada y hasta con alguna furtiva escapadita al tapete verde. Y el rico acude a los casinos a dejar su fortuna sobre las mesas de bacará, siete y media y otros juegos de azar, en lugar de utilizarlo en inversiones que darían de paso trabajo a muchos cubanos.

Pero quien no sea jugador se siente asfixiado: casinos, apuntaciones en todas las vidrieras, máquinas traga-níqueles, billeteros metiéndole a uno sus enormes cartelones por las narices. Juego, juego y más juego. Miseria y más miseria. Enriquecimiento para "banqueros" y autoridades.

¡Hagan juego, señores!



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA